

La hora en que llegué a Madrid no era la más propicia para visitar el cuadro de Goya " Perro semihundido ", pensé; es curioso como en otras ocasiones cualquier momento era oportuno; pero siempre antes de solucionar las cuestiones que me llevaban a la capital, siempre incluso antes de hablar por teléfono, o si se quiere y por decirlo con mayor precisión, antes de realizar nada que por muy ordinario que parezca, me hiciese tomar conciencia de mi presencia en la ciudad; por ejemplo leer la prensa, visitar algún amigo, tomar el metro etc, ; pero ya el hecho de plantearse la inconveniencia de la hora para acercarme al Prado, como siempre en taxi, anticipaba la consecuencias tremendas, y como luego se vio, inesperadas que, aun a las 17:30:00 de la tarde, debían de acontecer.

Durante el vuelo, apenas hacía de eso una hora y cuarto, recordé una vez más la conversación que mantuve con Alberto P. y Ricardo D. días antes: " El famoso filósofo Weber cada vez que pasa por Madrid, antes que nada, se acerca hasta el Prado para contemplar la obra de Goya " Perro semihundido ", dijo Alberto; Ricardo afirmaba haber leído también la entrevista en la que además Weber reconocía haberse desplazado en alguna ocasión desde Nueva York a Madrid tan sólo para admirar el cuadro. De todo esto se hablaba mientras Alberto P. nos describía una de sus últimas telas, precisamente inspirada en aquel solitario perro. Después de haber confesado mi debilidad por el lienzo, no sin haberme perdido antes en un sinfín de detalles referentes a su iconografía, les hablé de mis viajes a Madrid en los que, al igual que el americano, sentía una necesidad inexplicable de contemplar la obra.

El Prado a esas horas era un hervidero de gente. El intenso olor a podrido se extendía a lo largo de todas sus plantas; innumerables corros de turistas infectaban por doquier el recinto mientras sus guías cacareaban ante ellos la verborrea acostumbrada, sin poder ocultar su elevado grado de hastío. Muchos de estos grupos iban dejando tras de sí rezagados que, ahitos o aburridos, sólo recuperaban momentos antes de finalizar el pase. Los vigilantes vagabundeaban con los brazos a la espalda y sólo ante los niños o ante algún que otro despistado, parecían recuperarse del sopor. Otros visitantes en cambio, aprovechaban el paseo por los largos pasillos para discutir de asuntos que nada tenían que ver con el arte. Deshacerme del abrigo me ayudó a aclimatarme a ese ambiente volcánico. La mejor pinacoteca del mundo, pensé, lejos de erigirse en motor cultural que inspirara a las nuevas generaciones de artistas, ayudando a transformar y renovar este, todavía hoy, viejo mundo, era vendida como un objeto más de consumo.

Sólo ante las " pinturas negras " de Goya despertaron mis sentidos de su embotamiento:

" aquel oscuro mundo de hambrientos, brutos y malditos, me traía a la memoria las narraciones mineras de Émile Zola. Una humanidad deforme, diríase de ultratumba, azotada por la miseria infligida por el burgués, esperaba convulsa el momento oportuno en que su cólera subvertiría el orden mundial "

"Perro Semihundido" constituye una de las piezas más carismáticas de la colección pero, cuando hube llegado hasta ella, me anunciaron que la mañana anterior, un desaprensivo había rajado de arriba abajo la tela. El vacío en la pared me dejó aturdido. Más tarde supe que la policía detuvo a Weber como presunto autor del estropicio. Mentalmente repasaba cada uno de los detalles del cuadro: en la parte baja, surgía de entre una escombrera terrosa la cabeza sucia de un perrillo asustado de mirada fija y perdida cuyo cuerpo aunque oculto en el lodazal, se adivinaba esquilmado por la sarna y deforme por los estertores del hambre. Sobre él se extendía un profundo océano de soledad que parecía haberse tragado toda esperanza de salvación; una conciencia irracional que engullía toda luz, todo punto, estrangulando la vida allí donde esta intentaba florecer. Los entibados sobre los que descansa el plano inclinado bajo el que se refugia el can, acabarían cediendo ante la fuerte presión; si uno se esforzaba, presentía como poco a poco, casi imperceptiblemente, el derrumbe había comenzado. A falta del cuadro, " la idea, su mensaje " mantenía viva la emoción que en mi otrora naciera de la mera contemplación del color.

Fuera lucía un sol crepuscular. Sus cálidos resplandores sangrantes se escurrían entre el desnudo ramaje de las arboledas. La ciudad nevada exhalaba un eco sordo y aislante bajo el que se replegaban las sombras alargadas y encorvadas de los transeúntes.

Fco. Javier Ferro Fernández

